

El pasado en la obra de Antonio Muñoz Molina

Rosario Sánchez

LAS VUELTAS DE LA MEMORIA

El tema de la memoria, de la necesidad de recuperación de nuestro pasado reciente y de si hubo o no olvido intencionado de las consecuencias de la Guerra Civil y la dictadura de Franco en aras de una convivencia pacífica, es una cuestión que mantiene divididos a los historiadores. En las últimas décadas este asunto, su debate y, sobre todo, su uso, están presente en la sociedad española y ha permeado la vida pública. Podríamos decir que estos acontecimientos históricos traumáticos han retornado transcurrido un tiempo, como retorna en lo individual el material reprimido.¹

En lo que parece haber un consenso es en el hecho de que este tema ha sido ampliamente tratado por la historiografía, el ámbito académico y las artes en general casi desde su inicio, pero no ha tenido un correlato en el ámbito político o institucional; de este modo habrían coexistido temporalidades diferentes a la hora de abordar el asunto del pasado.

La literatura no ha sido ajena a esa ola por la recuperación de la memoria que en las últimas décadas recorre Europa. En su vertiente testimonial la literatura sobre los campos de concentración nazi, como la trilogía de Primo Levi, ha sido reconocida como clásico contemporáneo, también la que narra la locura de los campos de concentración bajo el régimen estalinista o los textos que con la caída del muro de Berlín llegan de la Europa del Este. En todos ellos el peso de la memoria colectiva es evidente.

No hay duda de que la literatura ha sido un instrumento de empatía y un modo de acercar los acontecimientos traumáticos del pasado a la sociedad civil. En el interior de la ficción y más concretamente de las novelas, aunque funden un mundo autorreferencial, pueden rastrearse correspondencias con la realidad e identificar la diversidad de voces ideológicas y representaciones sociales de una determinada época. Por este motivo, la literatura se ha convertido en una herramienta útil para la transmisión de memoria y en una vía eficaz para la realización del trabajo de duelo en aquellos países que, de un modo u otro, han sido escenario de las grandes contiendas del siglo XX.

En España, el inicio de la Guerra Civil y el final de la Segunda República han ocupado un lugar preeminente y un destacado protagonismo en el mundo literario, siendo desde sus comienzos motivo e inspiración de una amplia nómina de autores. Esta creación literaria, lejos de cesar con la finalización del conflicto, ha continuado hasta nuestros días y ha tenido durante las últimas décadas un lugar relevante. Durante la transición política se produjo una situación inédita en el ámbito literario como fue la convivencia de generaciones de escritores con experiencias biográficas profundamente dispares en un contexto nuevo: los que habían iniciado su obra con anterioridad a la Guerra Civil y que habían sufrido el exilio, los que comienzan su trayectoria en la posguerra, los autores pertenecientes a la denominada «generación del cincuenta» y, finalmente, los que desarrollan su obra en plena democracia como Antonio Muñoz Molina, Andrés Trapiello o Javier Cercas. La consecuencia más enriquecedora a partir de la democracia ya consolidada fue una relectura integral del pasado; una interpretación comprensiva con los autores del llamado «exilio interior»; y las reivindicaciones de autores menos canónicos a los que se les había escatimado una posición. Para Jordi Gracia «en este conjunto de elementos está el origen de la marea de memoria histórica que ha dominado buena parte de la cultura española en la primera década del siglo XXI».²

Sin embargo, será a partir de los años noventa cuando la Guerra Civil española cobra una dimensión inusitada con la confluencia de múltiples factores, como son: la madurez de una generación que superó «aquella hegemonía de lo placentero sobre lo caviloso»³ que observaba Mainer en los ochenta; un contexto político que quiere indagar sobre su pasado reciente; el éxito de un grupo de novelistas que irrumpen con fuerza en el panorama literario español y que vuelven la mirada al pasado; y el triunfo de algunas posturas revisionistas. Muchos han sido los autores que han recobrado una memoria colectiva de un pasado reciente. Si a la altura de 1986 Antonio Muñoz Molina emplazaba al lector a recorrer el pasado de la Segunda República, hasta la Guerra Civil lo fueron autores como Jorge Semprún, Rafael Chirbes, Julio Llamazares, Almudena Grandes, Alberto Méndez o Javier Cercas. El éxito obtenido por *Soldados de Salamina* o por la obra de Dulce Chacón *La voz dormida* pone de manifiesto el peso de este tema en la memoria colectiva de los españoles. Hacia final de siglo algunos autores, entre ellos Santos Juliá, hablan de una nueva visión sobre la Guerra Civil a la que aluden como la mirada del nieto, es decir, una mirada que vuelve a la contienda desde la creación y el artificio literario, pero también desde la idea de reparación moral de aquellas víctimas con el ánimo de comprender desde otro punto de vista la magnitud de la catástrofe. Hay una voluntad literaria de volver a una época desde una moral y una ética diferente. Una voluntad que nace como respuesta al «secuestro de la memoria y de la identidad» a la que se vio sometida esta generación de escritores bajo la dictadura franquista, que ofrecía una visión unilateral de los acontecimientos y ocultaba un pasado de terror que no pareció existir más que en los

libros de historia. Una generación de escritores que comprendió la imposibilidad de construir una identidad sin la recuperación de su historia más o menos reciente, y de una época que ha despertado la imaginación de esta generación de novelistas. Ellos han extraído de los relatos orales que les hicieron quienes vivieron los acontecimientos y de un pasado histórico del que puede hablarse sin tapujos, reflexiones profundas y aleccionadoras sobre las acciones humanas, historias emocionantes y hermosas ficciones sobre la fragilidad de nuestro mundo contemporáneo.

¿QUIÉN RECUERDA? EL PASADO EN LA OBRA DE ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Antonio Muñoz Molina pertenece a ese nutrido grupo de autores en el que el pasado es una preocupación constante en su obra desde el inicio. La Guerra Civil española, el final de la Segunda República, y la Dictadura franquista, son tratados de manera central o tangencial en sus novelas. En ellas, en concreto en *Beatus ille*, *El jinete polaco* y *La noche de los tiempos*, se realiza una reflexión en torno a la memoria y a aquellos aspectos del pasado que son precedentes o referentes en nuestra actual cultura democrática. Pero el uso del pasado por parte de este autor no es privativo de la ficción, sino que alude a él en numerosos artículos periodísticos desde el año 1986, fecha en la que se publicaba *Diario del Nautilus*, y también en obras calificadas menores como *El dueño del Secreto* o *Nada del otro mundo*. En todas ellas pueden observarse maneras diversas de abordar el pasado republicano y el papel que ha de jugar en nuestro presente. Sugieren de algún modo cómo percibe el autor este periodo de la historia de España y sugieren también un cambio de posición respecto del mismo y respecto de cómo ha sido la interpretación y uso público del pasado a partir de la transición, muy especialmente por los gobiernos socialistas y por algunos sectores del nacionalismo periférico con los que Antonio Muñoz Molina se ha mostrado especialmente crítico⁴. Sus obras son documentos excepcionales de acceso a un pasado porque a través de sus páginas, y por su acreditada capacidad para recrear atmósferas, el lector se adentra en un mundo que, debido a un imperativo de verdad no es objeto de la narración del historiador. Pese a las prevenciones necesarias a la hora de considerar la obra literaria como documento para la historia y sin entrar a precisar el tipo de conocimiento que nos otorgan las ficciones⁵, la literatura es una fuente útil porque a través de ella los lectores acceden a un mundo a medio camino entre la memoria y la historia, a un mundo íntimo, a ese que el escritor imagina acerca de otras vidas⁶; en definitiva, por el potencial que tienen de narrar lo individual en un contexto histórico particular⁷. Por otra parte, como ha señalado Justo Serna, las ficciones nos interesan porque nos trasladan no un calco

de un mundo desaparecido sino una recreación que el escritor hace del mismo convirtiéndolo en ficción.

¿CUÁLES SON LOS USOS DEL PASADO QUE HACE ANTONIO MUÑOZ MOLINA EN SUS FICCIONES?

En la trayectoria del autor a través de las diferentes obras que tienen como telón de fondo el inicio de la Guerra Civil y el final de la Segunda República o la Dictadura franquista pueden apreciarse elementos que sugieren diferencias respecto de cómo el autor se ha posicionado ante estos acontecimientos históricos. En 1986 se publicaba en España la primera novela de Antonio Muñoz Molina bajo el título de *Beatus ille*. En ella se encuentran algunos de los ingredientes que han caracterizado su obra posterior: la alusión a un pasado que hay que contar o que hay que rastrear y averiguar; estructuras narrativas complejas impulsadas por el flujo azaroso de la memoria de quien recuerda; la articulación de la trama en diferentes tiempos históricos; y la utilización de lugares de memoria, tal como fueron definidos por Pierre Nora, que le sirven para dotar de verosimilitud a la obra.⁸

Aquella primera novela y aquél primer viaje a la memoria –como la denominó José Carlos Mainer– transcurren en el espacio imaginario de Mágina, espacio al que volverá el autor en otras narraciones. En ese universo ficticio, trasunto o trasfiguración poética de la Úbeda natal del escritor, transcurren las averiguaciones del joven Minaya. Este joven estudiante retorna a su pueblo huyendo de las circunstancias políticas del Madrid de finales de los 60 para investigar la vida de un poeta republicano desaparecido, Jacinto Solana, sobre el que prepara su tesis doctoral. La curiosidad y fidelidad con el pasado otorgan un legado al joven Minaya, un pasado malogrado, de frustración y de derrota y también pleno de la frescura y de la libertad que trajo la Constitución Republicana de 1931.

Esta averiguación desdobra la novela en dos tiempos: el de la Guerra Civil, y el de la España de 1969. El acontecimiento histórico donde se desarrolla la experiencia vital del activista republicano, aparentemente asesinado por la Guardia Civil, es un pasado que exhumar sobre el que el joven Minaya investiga. Pero además nos trae otro pasado que no es el de la guerra, sino el de los últimos años del franquismo: Minaya huye de la dura represión policial que se ejercía sobre los activistas clandestinos y nos relata el macabro ambiente de los calabozos de la Dirección General de Seguridad.

La publicación de esta obra coincide con el cincuenta aniversario del inicio de la guerra, un cincuentenario que tuvo poca presencia en los medios de comunicación. Sobre esta novela se han realizado numerosas interpretaciones, pero no hay que dejar de lado que uno de los aspectos fundamentales que nos ofrece su autor va más allá de la rememoración de un contexto republicano, o de una

generación. En realidad Antonio Muñoz Molina pone de manifiesto la idea de que durante los años sesenta, que es el tiempo en el que transcurre la narración, el acceso de los sujetos a nuestro pasado de Guerra Civil se realizaba a través de las historias fragmentadas que les habían contado, igual que el joven Minaya rehace la vida de un tiempo y el recuerdo de Jacinto Solana con los retazos que va encontrando. En reiteradas ocasiones el autor ha aludido a la importancia de la oralidad en la transmisión de este pasado. Como ya señalara en «La realidad de la ficción», desde el punto de vista literario y en correspondencia con su experiencia familiar⁹ la voz adquiere una cualidad fundamental en sus obras; no en vano Antonio Muñoz Molina hace prevalecer, en *Beatus ille*, la voz que cuenta y los mecanismos de la memoria en la transmisión de nuestra historia reciente.

Mecanismos similares son utilizados en *El jinete Polaco*, una obra publicada en 1991 y galardonada con el Premio Planeta en la que retorna al motivo de la memoria. En ella el pasado de Guerra Civil es el tiempo evocado por Manuel: «oigo voces que cuentan, las palabras que invocan y nombran no en mi conciencia sino en una memoria que ni siquiera es mía». Un pasado que emerge en la narración con los mismos mecanismos que rigen la memoria de los individuos: unas veces de forma voluntaria y consciente; y, otras, por puros mecanismos asociativos o por efectos de la memoria involuntaria donde los recuerdos son convocados por lo sensorial.

En esta novela, como en *Beatus ille*, el pasado se evoca desde una población ficticia y se conforma a través de diferentes planos narrativos que se entretajan y se superponen entre sí mediante la memoria. El relato es estimulado por las fotografías contenidas en el baúl de Ramiro retratista (metáfora de acceso al pasado); estas imágenes que contempla son las que le inducen a recordar otro tiempo. Son las imágenes que el fotógrafo inmortalizó de sus antepasados y de muchos habitantes del lugar las que le hacen recuperar una vivencia que asoma intacta; o las que le hacen imaginar las historias que hay detrás de esos espectros del pasado. A partir de ahí la memoria deviene relato; ese relato estructurado en tres tiempos es el que le hace a Nadia en el cuarto de un hotel de Nueva York en enero de 1991. Así que el encuentro con su amada es el encuentro y confrontación con su historia.

La obra está dividida en tres partes. La primera, «El reino de las voces», nos narra el pasado de sus padres y de sus abuelos, que sí vivieron la Guerra Civil, y cuyas referencias son las purgas, los paseos, los sufrimientos de la gente humilde del campo, la historia del inspector franquista Florencio Pérez y el recuerdo de su abuelo que fue gastador de la guardia de asalto y acabó preso por los fascistas; también las vicisitudes de la facción del ejército que permaneció fiel a la República y a los valores cívicos y democráticos que representaba está condensada en la historia del comandante Galaz, destinado en Mágina, que no permitió la sublevación y que para mantener su posición le pegó un tiro al teniente Mestalla; y la peripecia del médico don Mercurio que, como la anterior, se va conformando a

lo largo de toda la narración con alusiones enigmáticas y recursos narrativos que provocan la curiosidad del lector. En esta primera parte la defensa del período republicano por parte del autor es abierta y explícita. La segunda parte, «Jinete en la tormenta», es la evocación de la adolescencia del protagonista, son los años setenta en un mundo rural. El retrato de una España que muda, la sublevación juvenil individual y colectiva contra un destino trazado y heredado. La última parte, que da título al libro, es la vuelta a los orígenes, la reconciliación con su historia, el encuentro con los suyos, vuelve a Mágina, no importa si para quedarse o para irse porque al recordar y rememorar la historia, la ha hecho suya.

En *La noche de los tiempos* las herramientas de las que se vale el autor para contar el pasado son sustancialmente diferentes; el peso de la documentación y de la tarea de hemeroteca realizado por Antonio Muñoz Molina es crucial en la narración. Parecería que la pretensión del autor sería contar «lo que verdaderamente ocurrió». El pasado rememorado es el de la crisis de la Segunda República y el estallido de la Guerra Civil española y narra los hechos que se suceden en Madrid desde septiembre de 1935 a octubre de 1936. La novela se articula en torno a un eje sencillo: nos relata una historia de amor clandestina entre Ignacio Abel, un arquitecto, y Judith Biely, hispanista norteamericana que viene a la Residencia de Estudiantes. Esta historia es rememorada por Ignacio Abel durante las dos horas y media que dura el trayecto de tren que va desde la estación de Pensilvania a Rhineberg. La misma forma de contar la novela es ya una reivindicación de la memoria, el autor pone a su personaje a recordar dando idea de su compromiso con el pasado. Pero además, en esta novela Antonio Muñoz Molina se sirve, de manera significativa, de lo perceptivo y de lo sensorial para convocar las vivencias. Con este modo de proceder deja al descubierto sus referencias culturales y la influencia de Proust sobre su obra, como él mismo señaló en su libro *Pura Alegría*: «À la recherche es a la memoria lo que la interpretación de los sueños es al inconsciente (...) la enciclopedia más exhaustiva sobre la fragilidad y la permanencia de los sabores, de los olores, de los tesoros que se esconden en el interior de uno mismo»¹⁰

Mediante el recurso narrativo de ir y venir por el tiempo el autor pone a los protagonistas de la novela en relación con personajes históricos dotándoles de verosimilitud y complejidad psicológica; al tiempo, la descripción que realiza Antonio Muñoz Molina de estos personajes nos dan pistas del cambio de posición del autor respecto de esos acontecimientos históricos.¹¹ Son acontecimientos evocados y vividos directamente por Ignacio Abel. En esta novela el acontecimiento histórico irrumpe como un vendaval desmoronando el sistema de libertades que había traído la constitución republicana y devastando las vidas de los particulares. El autor nos sitúa en el centro del conflicto, en el modo como se vivieron en Madrid los meses previos al golpe militar; también, y es uno de los pasajes más espeluznantes de la novela, en la noche del 19 al 20 de julio, esa noche que marcó una «una raya definitiva en el tiempo». Por las páginas de *La noche*

de los tiempos desfilan personajes reales: Azaña, Largo Caballero, Gil Robles, el Dr. Negrín, intelectuales, poetas y filósofos. Desfilan personajes ficticios, sindicalistas, beatos o miembros de las milicias. Estas historias privadas se imbrican en un momento convulso de la historia de España. La relación amorosa es el soporte donde se apuntala un contexto complejo, el drama de la guerra, un carnaval de muerte que el autor nombra como «la gran plaga medieval de la muerte española» y los muestra en una polifonía de registros verbales. Una obra coral en la que cada uno de los personajes ofrece su visión de la realidad sociopolítica, creando así una mirada plural. Dos historias, las personales y la del país, perfectamente entrelazadas.

Podríamos preguntarnos qué ecos o resonancias tiene *La noche de los tiempos* con su primera novela. En principio son dos obras donde el narrador encierra una sorpresa: en *Beatus ille*, el narrador permanece oculto hasta el inicio de la tercera parte, es una narración en tercera persona que pasará a la primera; en *La noche de los tiempos* el lector desconoce quién es el que cuenta hasta casi la mitad de la novela, en concreto en su página 537. Pero en ambas el narrador recuerda y evoca el pasado como algo necesario para la construcción de una identidad. En estas obras las identidades individuales son relevantes en tanto que representantes de una identidad colectiva. En el caso de *Beatus ille*, la memoria de Jacinto Solana y la indagación y pesquisa de Minaya son representantes de un tiempo, de generaciones anteriores, concretas y perdedoras de la contienda a la vez. El joven Minaya es trasunto de esa generación que quiere recuperar el pasado; Minaya en una de sus conversaciones fantasmales con Jacinto Solana recibe de este unas hermosísimas palabras:

Usted que no conoció aquel tiempo, que tenía el derecho de carecer de memoria, que abrió los ojos cuando la guerra ya estaba terminada y todos nosotros llevábamos varios años condenados a la vergüenza y a la muerte, desterrados, enterrados, presos en las cárceles o en la costumbre del miedo. Ama la literatura como ni siquiera nos es permitido amarla en la ¡adolescencia, me busca a mí, a Mariana, al Manuel de aquellos años como si no fuéramos sombras, sino criaturas más verdaderas y vivientes que usted mismo. Pero ha sido en su imaginación donde hemos vuelto a nacer, mucho mejores de lo que fuimos, más leales y hermosos, limpio de la cobardía y de la verdad.¹²

En *La noche de los tiempos*, la figura de Ignacio Abel es la de las nuevas clases medias que nacen en el primer tercio de siglo, reformadoras, con el valor de la educación como puntal básico sobre el que cimentar una sociedad civil. Una generación moderna, europea, con ideas de progreso; un tipo de ciudadano truncado por la guerra y la dictadura franquista.

Pero además, en todas ellas Antonio Muñoz Molina utiliza el recurso narrativo de moverse por el tiempo a su antojo, lo que constituye uno de los aspectos más complejos de su obra y que por momentos confunde al lector. En *Beatus ille*

el tiempo se dilata, se anticipa, se encoge hasta fundirse y confundirse pasado y presente. La duración temporal en la que transcurre la narración es de tres meses desde enero de 1969 a abril del mismo año, y rememora hechos ocurridos treinta años antes. En *La noche de los tiempos*, su mismo título es una invitación a remontarse a lo inmemorial, el tiempo se detiene, se fragmenta y se disloca como consecuencia de la guerra; es la evocación de los acontecimientos transcurridos desde el verano de 1935 hasta octubre de 1936. Esa rememoración de Ignacio Abel lleva al lector no hasta las inmediaciones de la guerra como en *Beatus ille* sino hasta el núcleo mismo del conflicto, conduce al lector hasta el Madrid asediado que será testigo de una violencia desatada, de la impotencia de los ciudadanos que permanecían fieles a la República y del desmoronamiento de la sociedad española. Así pues, en este caso la Guerra Civil está contemplada desde los que vivieron aquel acontecimiento, pero también a través de la memoria del propio Ignacio Abel y de sus filtros emocionales. Así mismo, en esta obra se recogen un testimonio reformista, las luchas ideológicas dentro del socialismo, los antagonismos de clase, los fanatismos y una intensa movilización sindical.

Entre la primera novela publicada, *Beatus ille*, y *La noche de los tiempos* han transcurrido veintiséis años en los que el autor ha manifestado públicamente su posición respecto de la transición política y, especialmente, ha manifestado su desacuerdo con la políticas de memoria emprendidas por la izquierda y en particular por el PSOE y con el uso que han hecho del pasado. Podríamos pensar a partir de estas ficciones que para Antonio Muñoz Molina, al igual que para otros literatos, el conocimiento del pasado, la posibilidad de narrarlo, es una cuestión esencial en la identidad de los sujetos y por extensión de las identidades nacionales. A través de estas narraciones el autor muestra también una posición y percepción diferente de los mismos acontecimientos históricos que algunos han nombrado como «un giro a posiciones más conservadoras». En *Beatus ille* el periodo republicano aparece como una recreación de un espacio de ilusión y de libertad y parece mostrar una posición en la que este periodo constituye uno de los referentes de nuestra democracia. Antonio Muñoz Molina además realiza en ella un homenaje a la generación del 27 que se expresa claramente en la exaltación del joven Minaya hacia Solana pero también hacia autores adscritos a esa generación. Por el contrario, en *La noche de los tiempos* su posición respecto de esta generación es muy crítica.

En *El jinete polaco*, una novela que ha sido calificada como paradigmática de la transición española, el uso del pasado está focalizado al servicio de la recuperación de una identidad individual y muestra, como en ninguna otra, la importancia de la oralidad en la transmisión y constitución de una memoria colectiva. En esta obra la narración contribuye a la afirmación de la identidad del narrador y del oyente; pero además, como han señalado algunos estudiosos de la literatura memorialística, la comunicación entre diferentes generaciones contribuye también a fundamentar la identidad en el plano colectivo.

La idea que parece atravesar *La noche de los tiempos* es la de abogar por una tercera España y no tanto por la idea de España que surgió en la Segunda República. En esta novela el periodo republicano se muestra de una manera sustancialmente diferente a como aparece en *Beatus ille o en El jinete polaco*, un período lleno de contradicciones y de errores que condujo finalmente al desastre, así se expresa en boca de Ignacio Abel «Ellos se sublevaron y ellos tienen la culpa de que empezara la matanza. Ellos merecen perder pero nosotros hemos cometido tantas barbaridades y tantas estupideces que no merecemos ganar (...) yo estoy donde me han empujado».¹³ Estas palabras recuerdan a las formuladas por el periodista Chávez Nogales en el prólogo de *A sangre y fuego*. La idea de una tercera España que pudiese dar cabida a las posiciones ideológicas representadas por Ignacio Abel implica en realidad una determinada idea de España y de cómo debe interpretarse el pasado. Desvela una identificación del autor con un discurso concreto, asumido y usado por diferentes sectores de la derecha respecto del papel que nuestro pasado republicano ha de jugar en nuestro presente democrático; quizás desde ahí, y desde posicionamientos explícitos en torno a este tema en diferentes artículos de opinión, se haya interpretado un acercamiento del autor a posiciones más conservadoras. Las obras que hemos analizado son ficciones y por tanto, no son historia; contienen aspectos biográficos y autobiográficos, pero no sólo. Inevitablemente, Antonio Muñoz Molina, con la publicación de *La noche de los tiempos* muestra su posición; y a pesar de su aspiración de ofrecer una visión no maniquea de los acontecimientos, se inscribe en una determinada corriente de pensamiento al tiempo que contribuye a configurarla.

Pero como dijimos al inicio, el uso del pasado no es exclusivo de sus ficciones, su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua lo dedicó a Max Aub, un escritor republicano exiliado que se quedó sin patria y sin lectores. En aquel discurso hay una vindicación expresa no sólo de Max Aub, sino de todos aquellos que por pertenecer al grupo de los vencidos se les negó un lugar en el país y en el mundo literario. Quizá sus propias palabras nos den una pista de los íntimos motivos del autor para volver sobre el pasado: «En cada uno de nosotros hay siempre un involuntario usurpador. Usurpamos el lugar de quienes nos precedieron en la vida, de quienes podrían haber obtenido con más mérito lo que el azar reservó para nosotros. Pero quizá mi usurpación será justificada si la aprovecho hoy para recordar y vindicar la literatura de aquel novelista (...)».¹⁴

La vuelta al pasado es un rasgo esencial en la novelística de Antonio Muñoz Molina, está al servicio de la recuperación de una identidad individual porque estamos hechos de memoria, de acontecimientos que recordamos y nos constituyen, que nos dicen quiénes somos y nos otorgan esa irrevocable individualidad. La memoria tiende puentes con el mundo desaparecido y nos permite mantener los vínculos con lo que hoy es inexistente; está al servicio de la recuperación de un pasado colectivo que nos inserta en un devenir histórico. Pero es también un acto de lealtad para la pervivencia de los otros, o una manera de reparar la

culpa, o un terreno pantanoso lleno de mentiras de otros y de nosotros mismos. «Uno escribe para combatir el olvido», dice en *Diario del Nautilus*. Sin embargo, como ha señalado Emilio Lledó¹⁵, memoria y olvido ya nacieron juntas en la cultura griega y el recordar y el olvidar forman una oposición que marca toda la literatura. La memoria se configura como un vasto territorio de experiencia, de ejemplo, de aprendizaje y de escarmiento. Antonio Muñoz Molina es consciente de que nuestro mundo contemporáneo tiene el riesgo de convertirse, como en el relato homérico, en un mundo de lotófagos. Con independencia de los motivos íntimos del autor a volver una y otra vez sobre ese pasado y de las resonancias familiares que pudiese tener, en su obra nos muestra cómo el presente y el pasado están unidos por hilos finísimos e innumerables. Cada circunstancia personal se escribe y se inserta en un acontecimiento histórico. Tal vez por eso dice el autor:

No sé inventar novelas en las que no cobre presencia el pasado, y en las que no se escuche la voz de alguien que cuenta algo que vio o que vivió hace mucho tiempo. El punto en el que la historia y la novela se encontraron es la sagrada e irrepetible individualidad de cada vida humana.¹⁶

NOTAS

1. Eduardo Subirats señala el retorno de lo reprimido en nuestra historia presente como el sentido último del olvido procesado durante la transición. Véase: Teresa M. Vilarós, *El mono del desencanto*, Madrid, Siglo XXI, 1998
2. Jordi Gracia y Domingo Ródenas, *Derrota y restitución de la modernidad 1939-2010*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 275-276.
3. *Ibid.*
4. Antonio Muñoz Molina, «Desmemorias», *El País*, 13 de septiembre de 2008
5. «El valor cognoscitivo, el valor que tengan las ficciones de Muñoz Molina para los historiadores, no dependerá de la cantidad mayor o menor de materiales referenciales, externos, que el escritor haya sido capaz de reproducir o de importar [...] De haber reflejo en el viejo sentido naturalista, no debería interesarnos la copia del mundo externo a partir del cual informarnos como investigadores. En primer lugar, porque para los historiadores cualquier documento propiamente histórico y no novelesco sería más fiable; y en segundo lugar porque no hay en Muñoz Molina una crónica objetiva, sino un retoque deliberado, una crónica múltiple y subjetiva». Justo Serna, *Pasados ejemplares. Historia y Narración en Antonio Muñoz Molina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 49-50.
6. «El pasado es inaprensible para el contemporáneo, es materialmente irrecuperable, y por eso mismo depende de los relatos que nos legan, de las historias que nos cuentan» SERNA, Justo, *Pasados ejemplares...*, *op. cit.*, p. 181
7. En una conferencia cuyo título es *La novela en la historia, la historia en la novela*, Antonio Muñoz Molina señalaba que «el tiempo de la Historia se disuelve en las peripecias de quienes la viven sin intuir siquiera la significación de lo que está sucediendo: en esa confluencia entre el tiempo público y el privado establece su reino la novela. En los márgenes o en los reversos de las grandes épocas, de los hechos históricos, urden sus vidas los personajes novelescos». Véase: Antonio Muñoz Molina, «La historia en la novela, la novela en la historia», en Actas del congreso de Historia y literatura celebrado en Jerez de la Frontera por la Fundación Caballero Bonald y publicadas en la revista *Campo de Agramante* de la Fundación Caballero Bonald, núm. monográfico.
8. Gero Arnscheidt, «La construcción de una historia de España uso e invención de lieux de mémoire en la obra narrativa y ensayística de Antonio Muñoz Molina», en Winter, Ulrich, *Lugares de memoria de la Guerra Civil y el franquismo*, Madrid/ Frankfurt, Veuvert/Iberoamericana, 2006, pp. 39-53.

9. Son numerosas las alusiones de Antonio Muñoz Molina a los relatos familiares sobre la guerra civil. Véase por ejemplo: Antonio Muñoz Molina, «La cara de la guerra», *El País/ Babelia*, 19 de septiembre de 2009.
10. Antonio Muñoz Molina, *Pura alegría*, Madrid, Alfaguara, 1998, p. 185.
11. Un claro ejemplo de ello es la diferente valoración que el autor realiza en *Beatus ille* y en *La noche de los tiempos* de la generación del 27 así como de la clase política o sindical. Véase: Antonio Muñoz Molina, *Beatus ille*, Barcelona, Seix Barral, 1986, pp. 22-26, y *La noche de los tiempos*, Barcelona, Seix Barral, 2009, pp. 57-58, 714.
12. Antonio Muñoz Molina, *Beatus ille*, Barcelona, Seix Barral, 1986, p. 353.
13. Antonio Muñoz Molina, *La noche de los tiempos*, Barcelona, Seix Barral, 2009, pp. 907-908.
14. Antonio Muñoz Molina, *Destierro y destiempo dos discursos de ingreso en la Academia*, Valencia, Pre-textos, 2004, p. 63
15. Emilio Lledó, *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, Crítica, 1992. pp. 10-15.
16. Antonio Muñoz Molina, «La historia en la novela, la novela en la historia», en Actas del congreso de Historia y literatura, celebrado en Jerez de la Frontera por la Fundación Caballero Bonald y publicadas en la revista *Campo de Agramante* de la Fundación Caballero Bonald número monográfico, p. 23.

.....
 ROSARIO SÁNCHEZ es diplomada en Trabajo Social, licenciada en Humanidades y Máster en Historia Contemporánea. Actualmente redacta su tesis doctoral y trabaja sobre los usos del pasado en la literatura.